



LA ESPIGA

B. Vols

¡UNOS POR OTROS
Y DIOS POR TODOS!— HOJA SEMANAL AGRÍCOLA DE LA
FEDERACIÓN CATÓLICO-AGRARIA SALMANTINA —Dirección y Redacción: COMPAÑIA, 1
Apartado n.º 45. - Teléfono 1126

CHARLAS

Y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad

Ya desde el principio de la gran guerra, sobre el choque estridente de los ejércitos se dejó oír la voz dulce y serena del Papa, el tono apostólico y entristecido del representante del Dios de paz en la tierra, exhortando en nombre del Altísimo a los católicos de todo el mundo a la oración y al sacrificio para que inspirara a los directores de las naciones el pensamiento de la paz.

Ahora amenaza a la sociedad moderna y descreída otra guerra, cuyas formidables consecuencias nadie es capaz de prever; es la guerra profunda de la lucha de clases, la guerra social fomentada y dirigida por el socialismo ateo, que niega a Dios y sus derechos sacrosantos; que reniega de la Patria y de sus tradiciones gloriosas; que destruye la familia y sus instituciones fundamentales; que no tiene más bandera que el odio, por haber apostatado de la divina caridad de Cristo que dicta continuamente aquellas dulcísimas palabras: "Amaos los unos a los otros".

Hoy la escuela anticristiana, la escuela libre-pensadora, la escuela única, no tiene otro objeto que descristianizar la sociedad, dictando máximas de odio a todas las cosas más santas y más sagradas.

Tales son las horribles voces de infierno, que

han sustituido al celestial "Amaos los unos a los otros" de Jesús, y las consecuencias han sido acumular montañas de odio, que amenazan destruir todo el orden social y la civilización cristiana consagrada por tantos siglos.

Jerusalén, Jerusalén, conviértete al Señor, tu Dios, exclamaba el profeta Jeremías, lamentando las amarguras de su pueblo, gimiendo en el desierto, resultado de sus grandes infidelidades a Dios.

Sociedad del siglo XX, conviértete otra vez a Jesús, a quien en mala hora abandonaste, cuya santa fe y divina moral despreciaste; vuelve tus ojos y tu corazón a Cristo, único Redentor de los pueblos, que si lloran y gimen, solo es porque la sociedad moderna les ha arrancado el Crucifijo de sus manos y la doctrina de Cristo de su corazón.

Si nosotros queremos, si nosotros de veras nos empeñamos, conseguiremos que Jesús mire con ojos de amor a esta sociedad perdida y se dejará vencer por la insistencia de sus hijos, que le piden, no tan sólo para España, sino para todo el mundo, la paz, la paz social, la verdadera paz, aquella que con El bajó del cielo, cuando vino a visitarnos en aquella noche de eterna memoria.

Notas sociales

El Instituto de Reforma Agraria ha solicitado del Ministro de Hacienda la concesión de los 50 millones de pesetas, que la ley dispone se le otorgue todos los años para proceder a su ejecución. Pero el Ministro de Hacienda no ha concedido más que seis millones. Mal empezamos.

—Se ha propuesto que los seis subdirectores del Instituto de Reforma Agraria perciban un sueldo de 25.000 pesetas cada uno. A este paso, los cincuenta millones señalados para la reforma no van a ser suficientes ni para los empleados.

—Han principiado los trabajos de organización para aplicar la reforma agraria en Extremadura. Jun-

to al Gobernador General de Extremadura, que reside en Mérida, habrá un ingeniero, Jefe general de todos los servicios agrosociales extremeños, don Aureliano Quintero. A sus órdenes están dos jefes provinciales, el ingeniero señor Cruz García, para Cáceres, y Navarro, para Badajoz. A cada uno de estos jefes provinciales corresponden cuatro ingenieros subalternos,



y el personal correspondiente de ayudantes, administrativos, etcétera. Para la rápida movilización de estos servicios, han sido dotados de automóviles oficiales.

—La Liga Católica de mujeres campesinas, que funciona desde 1928, al amparo de la Unión Castellano-Leonesa de Federaciones Católico-Agrarias, ha fundado en Valladolid una Granja-escuela agrícola para mujeres. Se inauguró el día 20 del pasado diciembre. El primer cursillo ha durado hasta el 20. La enseñanza ha de versar sobre Avicultura, Cunicultura, Economía doméstica y social, Cocina, Corte y Confección. Las alumnas tendrán más de 15 años, y podrán ser externas, mediopensionistas e internas. Las internas pagarán 90 pesetas mensuales. Para las muchachas modestas se trata de fundar una beca en cada pueblo. Ha despertado gran interés esta primera iniciativa de enseñanza doméstica agraria, femenina.

Existencia de Dios

Discutiendo Napoleón I en Santa Elena, con uno de sus generales, que le había seguido al destierro, el cual negaba la existencia de Dios, porque no le había visto, le hizo este discurso: ¿Creéis vos en mi talento? Sin duda vos mismo le habéis admirado y aplaudido; sin embargo, ¿habéis visto el talento? ¿Puede acaso verse? ¿Pues cómo creéis que existe, si no le habéis visto? A lo que contestó el general: No he visto el talento, pero he visto sus efectos y éstos me llevan al conocimiento de la causa; en el campo de batalla, he admirado lo vasto de vuestros planes, la oportunidad de las órdenes que nos han llevado a la victoria. Pues si mis victorias, replicó Napoleón, os hacen creer en mi talento, los prodigios de la Omnipotencia, en cuya comparación nada son todas mis maniobras, me llevan a mí al conocimiento de una inteligencia infinita de un Ser Supremo, que es Dios.

La tristeza no es buena para nada

Así dice el Libro Sagrado.

¡La tristeza no es buena para nada!

Los tristes ni hacen, ni dejan hacer.

Muchos católicos se han dedicado a gemir.

—Siempre que vuelvo a casa, me decía un amigo, vuelvo con el corazón metido en un puño. No oigo más que lamentos, lamentos...

Mis proyectos constructivos de la mañana, se han convertido en la noche en un mar de lágrimas.

—Oh, mi amigo: lo que nos sucede hoy a nosotros, sucedía en otro tiempo a los católicos franceses.

Los católicos franceses de finales del siglo pasado y principios de éste gemían, y abandonaban sus obras. Lloraban y no trabajaban.

En el año 1888 se presentaron unos católicos al célebre obispo francés Monseñor Mermillot.

Comenzaron sus quejas.

He aquí la palabra elocuente del célebre escritor:

“Os parecéis muchos católicos a los sauces llorones, pues inclináis la cabeza gimiendo sobre todos los males, en lo que os constituía esencialmente en testigos constriñados. Creedme. Gemid menos y obrad más; dad tregua a las lágrimas, para aplicar la mano a las obras. Llorando se mantienen paralizadas fuerzas que debieran ponerse en ejercicio”.

Los católicos franceses han comprendido que hay que trabajar más y llorar menos y ahí está su resurgimiento.

La tristeza no es buena para nada.

La alegría y el trabajo son los constructivos.

Cuento de Reyes

A pesar de su extensión, que nos ocupa casi toda LA ESPIGA, damos íntegro este hermoso cuento, en la seguridad de que nos lo han de agradecer los lectores.—(N. de R.)

I

Con gran algazara se pusieron las tres muchachas a escribir su carta a los Reyes Magos; era la víspera de esta festividad y aun cuando ya ellas habían pasado de la infancia, no habían traspasado esa edad feliz en que las ilusiones doradas por el sol de la inocencia se iluminan con rosados resplandores; María Luisa, la mayor, tenía veinte años; María Teresa, diecinueve, y María Cristina, diecisiete.

Huérfanas de madre, eran el consuelo y el encanto de su excelente padre, que de vez en cuando interrumpía la lectura de su periódico para sonreír, mirando por encima de sus gafas el encantador grupo que formaban las tres jóvenes.

—Ya está mi carta—dijo María Teresa, que era la más vivaracha, plegando la suya.

—¿Se puede saber qué pides en ella?—dijo cariñosamente su padre, arrojando el periódico sobre la mesa.

—Sí, tal...; un buen billetito de Banco para comprarme lo que yo quiera. Los Reyes están muy anticuados y me podrían traer una birria.

—Yo les pido aquel collar de perlas Kepta tan bonito—dijo María Luisa, firmando la suya—. Ya les digo que se pasen por la Carrera de San Jerónimo, que está en el escaparate.

—¿Y tú qué pides, Cristinita?—volvió a preguntar el buen señor, volviéndose a la menor de sus hijas.

Ella levantó sus ojos puros y diáfanos, y sonriendo dulcemente dijo: —Les pido que me conserven muchos años a mi querido Papá, y le traigan a él muchas cosas, que así no me faltarán a mí.

—Pero eso no vale...—dijeron sus dos hermanas vivamente—. Eso ya se lo pedimos nosotras también. Es preciso pedir algo material. ¿No tienes algún capricho?

María Cristina se encogió de hombros con encantadora indiferencia.

—Pediremos nosotras para tí—dijeron las otras dos—. ¿Qué pedimos? María Teresa se inclinó al oído de su hermana y la dijo unas palabras en voz baja; ésta soltó una alegre carcajada.

—Eso, eso...—dijo palmoteando—. A ver si los Reyes se lo ponen en el zapato.

Y añadieron unas líneas a su carta, riendo como dos locuelas.

—¿Qué habéis pedido?—dijo María Cristina, mirándolas con cierta turbación.

—Ya lo verás si te lo traen—contestaron las jóvenes cerrando sus respectivas cartas.

Y rodearon a su padre, enlazando el cuello de éste con sus brazos, dijeron muy bajito, cada una a uno de sus oídos:

—Pedimos a los Reyes... un novio para María Cristina.

...

Al día siguiente, las tres madrugaron más que de costumbre.

Los tres zapatitos estaban ali-

meados en la chimenea; en cada uno de ellos había un flamante billete de cien pesetas.

—Salidremos en desayunando—dijeron las dos mayores, pues María Cristina se disponía a bajar a la próxima iglesia a comulgar, como tenía por costumbre.

Y, en efecto, a eso de las once, las tres hermanas, vigiladas por una respetable señora de compañía, salieron con sus respectivos billetes en el portamonedas, dispuestas a adquirir aquellas chucherías cuya posesión anhelaban.

María Cristina, más juiciosa que sus hermanas mayores, pensaba en el destino que daría a aquellas cien pesetas que tan generosamente donarían los Reyes Magos; la excelente joven no era caprichosa; de ordinario empleaba el dinerillo que su padre le daba en aliviar las necesidades ajenas, y mientras María Luisa y María Teresa discutían sobre la cosa que querían comprar, ella, abismada en sus caritativos pensamientos, guardaba silencio.

Al cruzar ante una casa de humilde apariencia a cuya puerta la portera conversaba con una jovencita de aspecto triste y pobre, María Cristina se detuvo conteniendo una exclamación de sorpresa.

—¡Blanca! —exclamó dirigiéndose hacia ella—. ¡Pero, eres tú!

La joven de aspecto triste miró asombrada a las tres jóvenes, y algo parecido a una sonrisa iluminó su pálido rostro.

—¡María Cristina! —balbuceó sonrojándose ligeramente.

Pero ya ésta la estrechaba entre sus brazos, diciendo:

—¡Mi pobre Blanca! ¡Qué pálida y desmejorada estás!... ¿Y tu madre?

—Muy enferma—respondió Blanca, cuyos ojos se arrasaron—. Nos han sucedido muchas desgracias desde que murió el pobre papá...

—¿Y vives aquí —interrumpió María Cristina, mirando el pobre aspecto de la casa.

—Sí. Y gracias a que los dueños son muy buenos con nosotros...

María Cristina miró a sus hermanas, que empezaban a impacientarse.

—¿Queréis ir vosotras a vuestras compras? —dijo. A la vuelta me recogeréis; voy a subir a ver a la madre de Blanca.

—Nosotras subiremos a la vuelta—dijeron éstas, besando a su vez a Blanca, que era una antigua compañera suya de Colegio—. Si no... pueden cerrar las tiendas... Y encantadas de verse libres, se alejaron rápidamente, seguidas de la señora de compañía.

María Cristina enlazó con su brazo el de Blanca y la arrastró vivamente al interior de la pobre casa, diciendo:

—Cuéntame, mi pobre Blanquita...; debes de haber sufrido mucho; refiérme tus penas, si eso puede servirte de consuelo... y... ¡quién sabe!—añadió con una adorable sonrisa; tal vez pueda ayudarte en algo; ¡anda, cuéntame todo!

Blanca estrechó con profunda ternura el brazo de su amiga de la niñez y la introdujo en una miserable habitación, situada en el último piso.

II

—¡Madre mía! —dijo Blanca, acercándose vivamente a un sillón en que estaba positada una venerable anciana—. Mira, aquí viene mi antigua amiga Cristinita... ¿Te acuerdas de ella?

La anciana alzó la cabeza; una sombra de sonrisa, entreabrió sus labios, y tendió a la recién llegada una mano diáfana, diciendo:

—¿Cómo ha llegado usted a esta pobre guardilla? bastantes veces la hemos nombrado, hija mía; bien sabe cuánto la ha querido siempre mi hija.

—Y yo las he recordado muchas veces—dijo Cristina vivamente—. Las Madres pueden decir cuántas he preguntado si sabían su paradero...

—Los pobres desaparecemos del mare magnum de la vida—respondió con amargura la anciana—. Desde que Blanca salió de Chamartín ha cambiado mucho nuestra situación; ya lo ve usted.

Y dirigió una mirada desolada a la miserable estancia, añadiendo:

—¡Miseria, enfermedad, y muy pronto el desamparo más completo para mi pobre hija!

Y dos lágrimas silenciosas surcaron las áridas mejillas de la enferma.

—¿Y por qué todo eso?—dijo Cristina, procurando contener las suyas, que pugnaban por asomar a los ojos—. Dios no abandona a

los suyos y me ha traído aquí... Ya verá usted, ya verá usted.

—Mira, los Reyes me han traído cien pesetas, qué no necesito para nada; vamos a comprar con ellas lo que más falta os haga; tu mamá está enferma, necesita cuidados, medicinas, tal vez... y ropa de abrigo, fuego... Tú también necesitas abrigo y alimento. ¿Vas tú a comprar lo más urgente, o voy yo?...

Y la caritativa niña deslizó en la mano de Blanca el satinado billete.

—Pero... ¿qué dirá tu padre?... —balbuceó Blanca.

—Mi padre me ayudará; no sabes lo bueno que es... Además, quién sabe si podrá colocarte...; es consejero de dos o tres establecimientos de Banca...; ya trataremos de ello. Ahora lo urgente es traer calor y alimentos, que está el día muy frío. Con que ¿vas tú o yo?

—Yo iré—dijo Blanca, secando sus lágrimas—. ¿Me esperas aquí?

—Sin duda; haré compañía a tu madre. Pero no escasees nada; cuando ese dinero se acabe, traeremos más.

—Dios te lo pague. Hoy no sabía qué hacer... mira la receta del médico, sin poder comprarla... y tenemos médico porque es un joven muy bueno, que nos visita por caridad...

—Ves cómo Dios no falta a los suyos... Anda, anda y trae muchas, muchas cosas; que es día de Reyes.

Y la encantadora criatura entró corriendo en la estancia de la enferma, sentándose a su lado, mientras Blanca salía diciendo:

—En seguida vuelvo, mamá; Cristina me espera aquí. Dios nos ha enviado en ella un ángel.

Con acendrada caridad, Cristina trató de sondear el espíritu de la pobre anciana, y como el alma que sufre sólo desea hallar otro corazón en quien derramar su amargura, la madre de Blanca contó a la joven toda la odisea de sus desgracias, y con profunda conmiseración, mezclada de terror, que a no haberla enviado Dios como un ángel salvador, aquella pobre familia hubiera perecido de hambre y de abandono.

Trataba de infundir ánimos en el corazón de la desgraciada señora, cuando unos golpes dados a la

puerta hicieron a Cristina acudir a abrir.

Un joven cubierto con un amplio gabán con cuello de piel, apareció en el hueco de la puerta.

Al ver a Cristina no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—¡Perdón, señorita! — exclamó quitándose el sombrero—. ¿No está la señorita Blanca?

—Acaba de bajar a un recado —balbuceó Cristina, roja como una cereza—. ¿Desea usted verla?

—Precisamente a ella, no, señorita —repuso el joven, sonriendo—, si usted me lo permite, veré a su madre, soy su médico.

Y precedido de la joven, entró en la habitación, acercándose a la enferma, cuya mano tocó con afectuoso ademán.

—Poco adelantamos —dijo, moviendo tristemente la cabeza—. Me parece que es usted una enferma algo rebelde... ¿Ha tomado lo que la prescribí?

—Mi hija ha ido ahora a buscarlo —dijo la pobre señora, sonrojándose—. Antes no nos ha sido posible... pero Dios nos envía un ángel de caridad.

Y con su mano señaló a María Cristina, que hubiera querido hallarse a cien leguas de distancia; tal era su confusión.

El médico fijó en ella una mirada profunda.

—Dios se lo pagará —dijo gravemente—. Pero ustedes han faltado a la confianza que me debían, ocultándome lo que hoy me revelan...; un médico es un confesor... y hemos atrasado todo ese tiempo.

—Sí, doctor, sí; yo bien lo sé... pero es tan doloroso confesar nuestras miserias... Esta mañana se nos ha presentado esta amiga de colegio de mi hija, como un ángel bajado del cielo...; figúrese, doctor, que el dinerito que los Reyes le han traído se lo ha entregado a mi Blanca para que compre lo que más necesitamos, y ella se ha quedado cuidándome...

La llegada de Blanca, muy cargada de paquetes y con el frasco de la medicina, puso fin al suplicio de María Cristina, pues verdadero suplicio era para la humilde joven oír el relato de la madre de su amiga.

Aprovechó aquella coyuntura para prestarse a ayudar a ésta, huyendo así de la mirada llena de admiración del joven médico.

Se había quitado el sombrero y cubriendo su elegante vestido con un delantal de Blanca, encendía la lumbre, mientras ésta daba a su madre la medicina y atendía a las prescripciones del doctor.

Cuando éste se despidió, no sin dirigir una mirada furtiva a la cocina, donde María Cristina ponía a hervir un jarro de leche, Blanca corrió a abrazarla.

—Nuestro médico ha quedado

encantado de ti —dijo—. Me ha preguntado tu nombre. ¡Ah! y si tú supieras lo bueno que es él... hace tres meses que visita a mamá de balde y muchas veces deja un duro debajo del papel de la receta.

María Cristina no contestó; la leche subía y ella bajó rápidamente la cabeza soplando con todas sus fuerzas para evitar que el líquido se derramase.

Cuando el doctor bajaba la escalera, tuvo que apartarse para dar paso a dos elegantes jóvenes que subían seguidas de una señora de edad.

Eran las hermanas de Cristina, que, terminadas sus compras, volvían en busca de ésta.

Ambas miraron con el raballo del ojo al apuesto joven, cuya elegante silueta desdecía de la miserable escalera.

—¡Vaya un chico elegante y distinguido! —dijo María Teresa al oído de su hermana—, ¿qué vendrá a hacer a esta pobre casucha?

—¡Será el novio que hemos pedido a los Reyes para nuestra hermana! —dijo la otra riendo.

Y jadeantes se detuvieron ante la puerta de la guardilla de la pobre Blanca.

III

Al día siguiente, cuando María Cristina bajó temprano, como de costumbre a la iglesia más cercana a su casa, para alimentar su alma con el Pan Eucarístico, vió, con la turbación que es de suponer, al médico de Blanca, que oía devotamente la misma misa que ella.

Y su corazón latió con dulce sorpresa al verle subir también las gradas del comulgatorio para participar del Divino Banquete.

Al salir, su turbación subió de punto al ver que el joven médico, saliendo tras ella, se adelantaba sombrero en mano, para saludarla.

—Perdone, señorita, si mi conducta es poco correcta, pero tanto por mi posición como por mi carácter, y, sobre todo, por el respeto que usted me merece, no me parece bien hacer el cadete siguiendo sus pasos, cosa que podía molestar a usted... Mi nombre es Rafael San Millán; como usted sabe, ejerzo la carrera de médico, lo que, unido a una regular fortuna que me legara mi padre, me permitirá ofrecer, a la que sea compañera de mi vida, un hogar sin privaciones, más aún, con las comodidades y el bienestar que pueda ésta apetecer... Hasta ayer no había encontrado la mujer que soñaba para reina de mi hogar; hoy creo haberla hallado... ¿Me permitirá usted, señorita, que busque el medio de ser presentado a su padre para que tenga usted así ocasión de tratarme y conocerme y así ver si yo puedo aspirar a lo que creo es para mí la dicha de mi vida, poner a sus pies mi nom-

bre, mi carrera, mi fortuna y mi existencia entera con mi amor?

María Cristina escuchó este inesperado discurso tan turbada que le parecía que las miradas de todos los transeuntes estaban fijas en ella; pero respiraba tanta emoción, tanta lealtad el acento de Rafael, había visto tanto respeto en su actitud, tanta ansiedad en su mirada, que la joven pensó que un hombre tan devoto en la iglesia, tan caritativo en su vida ordinaria y que con tal pasión se expresaba, no merecía una repulsa...; además, la gallardía de su figura había cautivado a la hermosa niña, y, ruborizada, pero procurando contener el temblor de su voz, respondió:

—Caballero, si mi padre le recibe en el número de sus amigos, será para mí un placer considerarle como tal.

Y añadió con una sonrisa adorable:

—¿No es usted amigo de mi amiga Blanca?

Rafael tomó la mano de María Cristina, y estrechándola respetuosamente:

—Gracias, señorita —dijo—. Es usted verdaderamente angelical.

...

—¿De modo que los Reyes te pusieron el novio en el zapato?—decían algunos meses después María Teresa y María Luisa a su hermana, al saber por su padre que Rafael había pedido la mano de la hermosa niña.

Esta sonrió.

—Es verdad —dijo alegremente—. Vosotras lo pusisteis de broma y ello resultó verdad.

—Pero no han sido los Reyes —dijo una voz varonil desde la puerta.

Y Rafael, penetrando en la estancia con la familiaridad a que ya le daba derecho su carácter de novio oficial, añadió:

—Los Reyes, al leer vuestra petición, pensaron que un novio no cabía en un zapato tan chiquitín como el de Cristina, y deliberando entre sí decidieron buscar un ángel que les ayudara en su empresa... ¿y, a que no sabéis qué ángel fué el que acudió a su llamamiento?

—¿Cuál?—preguntaron las tres jóvenes a una.

—El ángel de la caridad —dijo seriamente Rafael—. El fué quien me mostró en Cristina la mujer que yo soñaba y temía no encontrar en esta sociedad tan frívola y materialista... En un salón, en un teatro, puede que no me hubiere fijado en ella; allí, todas os parecéis...; pero junto a la anciana enferma, enjugando sus lágrimas y socorriendo su pobreza, la mujer adquiere una belleza sobrenatural: la belleza de Cristo.